

CARLOS VELÁZQUEZ
BUENSERVICIO / MALSERVICIO

ROGELIO GARZA
PITCHFORK

NAIEF YEHYA
ANATOMÍA DE UNA CAÍDA

NÚM. 437 SÁBADO 10.02.24

El Cultural

[Suplemento de **La Razón**]

Fuente > Yagnik Gorasiya / shutterstock.com

CRÓNICA LATINOAMERICANA SOBRE PALESTINA

FEDERICO GUZMÁN RUBIO

POEMA "SEGÚN ALGUNAS ESTADÍSTICAS..." • YAROSLABI BAÑUELOS

LA RESTAURACIÓN, LABOR DE CUIDADOS • AVE BARRERA

RESEÑA DE *MANIAC*, DE BENJAMÍN LABATUT • BEF

Los cronistas latinoamericanos, señala Leila Guerriero en Zona de obras, han practicado por décadas ese oficio literario desde "la tozudez y la convicción de que dar cuenta de una realidad compleja valía la pena [...] lo vienen haciendo desde hace años, con antigua insistencia carpintera, y a pesar de modas, intereses, indiferencias, crisis". Años antes de que estallara el reciente conflicto en Gaza —en octubre de 2023—, dos autoras y un escritor de nuestro continente echaron mano de la crónica para contar una situación humillante y de riesgo en la zona. Federico Guzmán Rubio revisa los libros sobre Palestina publicados por la chilena Lina Meruane (2021), la mexicana Irmgard Emmelhainz (2017) y el peruano-español Mario Vargas Llosa (2006).



CRÓNICAS LATINOAMERICANAS

SOBRE PALESTINA

FEDERICO GUZMÁN RUBIO

@feguz77

La literatura es lo contrario del periodismo: contempla, reflexiona e interpreta; interroga sin saber a ciencia cierta qué es lo que busca; asume la subjetividad y las limitaciones; estudia a fondo a unas cuantas personas o personajes dentro de procesos históricos o sociales amplísimos e inabarcables; indaga en el fondo de las cosas sin que eso signifique ignorar la superficie. El periodismo, en cambio, se preocupa ante todo por informar; prioriza la urgencia y la actualidad por sobre el contexto y el trasfondo; pretende dar cuenta de los hechos con precisión e imparcialidad, siempre en nombre de una objetividad imposible; no se detiene en los casos particulares o insignificantes dentro de las incesantes transformaciones de toda índole; pretende incidir en una sociedad informada justamente por él. Esta diferencia en objetivos, materiales, tiempos y enfoques hace que la lectura de ambos sea distinta, y que la mayoría de las veces apunte a direcciones divergentes: buscar profundidad, belleza y complejidad en un portal de noticias sería tan ridículo como leer la *Divina Comedia* para entender la política italiana contemporánea, o los poemas de Anna Ajmátova para explicar la invasión rusa a Ucrania.

Sin embargo, en varias ocasiones periodismo y literatura se encuentran, por ejemplo, en géneros híbridos como la crónica, el libro de viajes o el reportaje, o en la selección de lecturas de quien desea informarse a profundidad —comprender quizás sería un verbo más exacto, a pesar de su soberbia— sobre determinado lugar, fenómeno o acontecimiento. En estos casos, periodismo y literatura, normalmente tan lejanos para muchos, se vuelven complementarios, tanto en la formación de un texto como en el diálogo entre distintas voces, y son sus diferencias las que, enfrentadas y mezcladas, permiten un acercamiento más amplio y riguroso a esa realidad.

MIENTRAS ESCRIBO ESTE TEXTO ya son más de 100 días de la guerra en Gaza, cuya cobertura ha sido inédita para mí, sorprendido por cómo las redes sociales arrebataron protagonismo a los medios tradicionales. Seguramente se trata del primer conflicto de esta envergadura con una difusión noticiosa tan amplia, pues ante el cuestionamiento a la imparcialidad de los grandes medios, las redes sociales aprovecharon su inmediatez, narrativa transmedia y su funcional mezcla entre cuentas virales y millones de

Foto > M. Gabriela Mazzuchino

DIRECTORIO

El Cultural

[Suplemento de La Razón]

Twitter:
@ElCulturalRazon

Roberto Diego Ortega
Fundador

Julia Santibáñez
Directora
@JSantibanez00

Natalia Durand
Editora
@mujerzog

Facebook:
@ElCulturalLaRazon

CONSEJO EDITORIAL

Carmen Boullosa • Ana Clavel • Guillermo Fadanelli • Francisco Hinojosa • Fernando Iwasaki
Delia Juárez G. • Mónica Lavín • Eduardo Antonio Parra • Alberto Ruy Sánchez • Carlos Velázquez

Director General Editorial > Adrian Castillo Coordinador de diseño > Carlos Mora Diseño > Andrea Lanuza

Contáctenos: Conmutador: 52606001. Publicidad: 52500078. Suscripciones: 52500109. Para llamadas del interior: 018008366868. Diario La Razón de México. Nueva época, Año de publicación 15

perfiles semianónimos. No obstante —y a sabiendas de que el caso de cada usuario es particular—, pueden agravar los problemas que supuestamente ayudarían a solucionar: analistas, periodistas, testigos y toda clase de comentaristas realizan una cobertura en tiempo real de los acontecimientos, lo que tiene el efecto de saturar de información muchas veces contradictoria y de crear burbujas informativas que, más que explicar los hechos, funcionan como material de propaganda seleccionado por el propio usuario, dependiendo de sus simpatías políticas. Pero incluso la persona que tenga la preparación, honestidad intelectual y curiosidad para consultar distintas fuentes, se verá desbordada por el número y la gravedad de los acontecimientos, a manera de los exuberantes y espinosos árboles que no permiten ver el bosque.

Por supuesto, la urgencia de los hechos suele llevar a una aproximación reactiva, en absoluto reflexiva: la guerra y sus crímenes se convierten en un simple problema coyuntural, lo que trivializa la tragedia. Sin embargo, es justamente esa urgencia la que también exige una mayor documentación que permita, por una parte, orientarse entre la tormenta de datos y, por otra, comprender los orígenes y las implicaciones geopolíticas y morales —dos términos que pocas veces van de la mano— del conflicto.

Aquí es cuando la literatura, en su forma más comprometida con la realidad, se vuelve necesaria para alejarse de la cifra y acercarse al nombre y el rostro, para trascender la consigna y restituir su significado a la palabra, para tener una visión cercana a una guerra que, por impactantes que sean sus imágenes, se siente distanciada, de otro mundo, tranquilizadora y lejana.

DESDE LIBROS HISTÓRICOS, perfiles biográficos o investigaciones periodísticas, no es exactamente bibliografía lo que falta en el conflicto palestino-israelí. Sin embargo, las opciones se reducen drásticamente al buscar fuentes escritas desde Latinoamérica, lo que resulta imprescindible para el lector de esta región que, sin renunciar a las interpretaciones venidas de cualquier otra parte, tiene derecho a leer su tiempo desde sus propias referencias, a partir de un contexto común y una visión de mundo compartida e incluso tomando en cuenta los intereses del subcontinente.

Sergio Pitó, uno de nuestros grandes escritores cosmopolitas, afirmaba que nuestra literatura no debía conformarse con crear una visión del mundo latinoamericano, sino que debía construir una visión latinoamericana del mundo. En sintonía con ello, resulta crucial atender las obras latinoamericanas que, desde la literatura, se han preocupado por viajar hasta Palestina e Israel para ver, reflexionar y escribir, continuando así la tradición de la crónica de viajes latinoamericana, cuya historia está aún por escribirse.

Adicionalmente a la especificidad puntual que inevitablemente tienen



Lina Meruane (1970).

Fuente: Isabel Wagemann / la nuevacronica.com

estos libros, al estar escritos desde la América hispana, el hecho de que sean crónicas los dota de una mirada personal pero informada, explícitamente subjetiva, conformada a partir del pedazo de realidad que el cronista mira y experimenta. El lector no hallará aquí explicaciones totalizadoras, pero sí un relato próximo acerca de cómo es la vida y cómo se vive el conflicto en esas tierras, donde el ataque de Hamás perpetrado el 7 de octubre y la ofensiva israelí en la Franja de Gaza son el capítulo más reciente de una guerra que parece no tener fin.

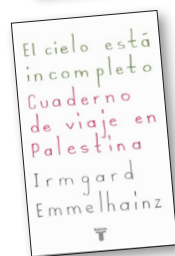
Cada una de las tres crónicas recomendadas en este texto elige una estrategia bien delimitada para tratar el tema: *Palestina en pedazos* (Literatura Random House, 2021), de la chilena Lina Meruane, emprende un periplo a los orígenes familiares perdidos de la autora, en algún pueblo de Cisjordania a inicios del siglo XX; *El cielo está incompleto: Cuaderno de viaje en Palestina* (Taurus, 2017), narra los múltiples viajes de la mexicana Irmgard Emmelhainz por la región y, a partir de sus vivencias, teoriza entre la crítica de arte, el ensayo político y el diario personal respecto a las implicaciones de la ocupación israelí; y, por último, el peruano-español Mario Vargas Llosa, en *Israel / Palestina. Paz o guerra santa* (Aguilar, 2006), escribe un lúcido reportaje intelectual que, a pesar de estar concebido para la coyuntura de la fecha de su publicación, se lee con una actualidad sorprendente.

EN NUEVA YORK, DONDE TRABAJA como profesora universitaria, Lina Meruane coincide dos veces con el mismo taxista palestino, quien, al enterarse de su origen, la conmina a viajar a la tierra donde se pierde la historia de la familia paterna de la autora, algo que ella

jamás se había planteado. Los abuelos paternos de Meruane, cristianos, emigraron de Palestina hacia Chile a principios del siglo pasado, en tiempos del Imperio Otomano, y jamás volvieron a su tierra natal. De esta forma, el viaje que ella nunca había contemplado ni siquiera como una posibilidad se le empieza a revelar como ineludible y —aunque siempre se aclare que no lo es— como una vuelta a unas raíces que yacían más vivas de lo que ella misma sospechaba: “No es regresar pero la idea del viaje aparece con ese verbo a cuestas. Ese verbo y todos sus sinónimos y una sucesión de eventos fortuitos me empujan en dirección palestina”, escribe Meruane, entre resignada y entusiasmada por descubrir y restituir una parte de su identidad.

Es esta misma reflexión identitaria la que articulará todo el texto, entendida sobre todo como el cruce entre lengua, rostro, memoria y voluntad. Resulta sugerente leerlo como la pérdida y recuperación de un idioma y, con él, de una forma de ver y nombrar el mundo, es decir, de una cultura y una sensibilidad. Al inicio, Meruane rememora cómo sus abuelos fueron perdiendo el árabe mientras ganaban el castellano, al igual que miles de inmigrantes palestinos en Chile, por una vaga promesa de ascenso social ligada a la palabra: “No fue entonces ninguna tragedia doblar los alfabetos, invertir la dirección de la escritura, permutar la sintaxis, modular la entonación hasta perfeccionar el acento chileno: el cartel de esa bifurcación lingüística anunciaba progreso y los palestinos tomaron ese camino”. Al final del libro, en dirección contraria, tras un paseo caótico por los laberintos de El Cairo, la escritora al fin logra llegar a la librería donde se celebraba una lectura pública de *Palestina en pedazos* y, gracias a la magia oriental de su traductora, se lee el inicio del libro en español y en árabe, cerrando un círculo que 100 años atrás sus abuelos no sabían que empezaban a dibujar.

Entre ambos momentos sucede el libro, sucede Palestina. Meruane emprende dos viajes en busca de la casa familiar, y recorre Israel y Cisjordania —quiere visitar Gaza, pero le advierten que el asedio a la ciudad sitiada es



“EL LECTOR NO HALLARÁ AQUÍ EXPLICACIONES TOTALIZADORAS, PERO SÍ UN RELATO PRÓXIMO ACERCA DE CÓMO ES LA VIDA Y CÓMO SE VIVE EL CONFLICTO EN ESAS TIERRAS”.

infranqueable. Todo ello es para darse cuenta de que el trato que reciba estará condicionado por la lectura que se haga de su rostro y por la lengua que hable o no hable. La identidad, entonces, arbitraria como lo son las facciones e incluso la lengua materna, condicionará los derechos de los que una persona goza; por ejemplo, a los palestinos les está prohibido transitar por ciertos caminos y carreteras de Cisjordania, que son de uso exclusivo para los ciudadanos israelíes.

Aparte de la crónica de sus viajes palestinos y de las punzantes y hermosas reflexiones sobre las raíces, Meruane cuestiona la degradación lingüística que ocurre en todo choque bélico, lee con atención los ensayos políticos de los dos mejores escritores de Israel —Amos Oz y David Grossman—, pacifistas cada uno a su manera, y charla con palestinos e israelíes de diferentes posturas y orígenes. Son diálogos en los que ya se anuncia la situación actual, como cuando un amigo israelí de familia latinoamericana se lamenta: “en los últimos años cualquier discurso intermedio entre las locuras de Hamás y las locuras de la ultraderecha israelí tiene cada vez menos espacio”.

ALGO QUE TIENEN en común *Palestina en pedazos* y *El cielo está incompleto*, de Irmgard Emmelhainz, son las frecuentes interrupciones en el discurrir de la narración, ocasionadas por los incesantes retenes, interrogatorios y revisiones a los que cada una de las escritoras es sometida en sus respectivos trayectos por Cisjordania. De esta forma, se traslada al texto una parte de la vida cotidiana de los palestinos, repleta de prohibiciones humillantes y autoritarias, como no poder levantar la vista para ver los asentamientos israelíes ilegales erigidos a unos cuantos metros de sus ciudades, cada vez más fragmentadas.

Pero si Meruane se detiene más en su relación personal con Palestina, la mexicana aprovecha las diferentes etapas que vivió en Ramallah —la capital de Cisjordania, con relativa autonomía palestina—, para teorizar sobre el conflicto. Así, concibe el tratamiento infligido a los palestinos por el Estado de Israel como un ensayo y un resumen de las estrategias neoliberales para desplazar, reprimir y someter a la “población redundante” del planeta; analiza las obras de denuncia más complejas ideadas por artistas palestinos y critica a los activistas occidentales que, más que comprometerse, viajan a Palestina en busca de la adrenalina que ya no saben cómo generar en sus países de origen.

Destacan las partes del libro en las que, dejando la reflexión de lado, la escritora contempla Palestina y, para dar una idea de lo que ve, afirma que se siente en Comala, en un mundo de fantasmas que transitan entre los vivos y los muertos, entre las ruinas de un pueblo arrasado que se resiste a dejar de ser.

POR ÚLTIMO, EL LIBRO *Israel / Palestina: Paz o guerra santa*, de Mario Vargas Llosa, a pesar de haber sido escrito

“SE TRASLADA AL TEXTO UNA PARTE DE LA VIDA COTIDIANA DE LOS PALESTINOS, REPLETA DE PROHIBICIONES HUMILLANTES Y AUTORITARIAS, COMO NO PODER LEVANTAR LA VISTA PARA VER LOS ASENTAMIENTOS ISRAELÍES ILEGALES”.

en un contexto muy diferente al actual —justo cuando se retiraron los asentamientos israelíes de Gaza— y publicado en 2006, continúa siendo una lectura imprescindible. El Nobel empieza enumerando todos los aspectos que admira de Israel, desde su inmenso desarrollo tecnológico y cultural, la prosperidad económica y vida democrática que le permitieron convertirse, en unas pocas décadas, en un país de primer mundo. Pero es precisamente esa admiración sincera la que lo hace ser implacable en su crítica hacia el trato que el Estado de Israel ha dispensado a sus vecinos. Vargas Llosa parte de la premisa de que, con la ocupación de los territorios palestinos, Israel se convirtió en un país dominante, “y nada corrompe tanto a una nación, desde los puntos de vista cívico y moral, como volverse una potencia colonizadora”. Este hecho, según Vargas Llosa, ha pervertido el actuar del gobierno israelí a grado tal, que lo ha llevado a cometer atropellos —contra la población palestina en general— “injustificables e indignos de un país civilizado”.

Naturalmente, dichos atropellos, entre los que se cuentan “puniciones colectivas y torturas indiscriminadas”, de ninguna manera avalan “el salvajismo irracional de los atentados contra la población civil” cometidos por los terroristas islámicos. El narrador, sin embargo, no se conforma con la condena mecánica, sino que se entrevista con líderes de organizaciones

islamistas y confirma que a sus militantes los mueve el fanatismo religioso, pero también la desesperación por la pobreza persistente y la ausencia de cualquier posibilidad de salida en el horizonte. Asimismo, también dialoga con colonos israelíes, igualmente fanáticos, que justifican con argumentos teológicos, sin ningún asomo de duda, la apropiación ilegal de tierras palestinas. Si algo ha caracterizado en cualquier latitud la postura política del peruano nacionalizado español ha sido su defensa de la libertad y los valores liberales, así como su combate contra el fanatismo y las dictaduras. Por ello no sorprende, por una parte, su total rechazo a islamistas radicales e israelíes de extrema derecha, capaces de asesinar con toda tranquilidad por el permiso divino que están convencidos de tener y, por otra, la inmediata simpatía que experimenta por los políticos moderados, ya sean palestinos o israelíes, con los que, tras interrogarlos sobre sus opiniones del conflicto, se suelta a hablar entusiastamente de literatura.

En este volumen destacan en especial dos crónicas. En la primera de ellas, “Ratoneras humanas”, describe su visita a Gaza, donde se escandaliza y conmueve al ver a sus residentes confinados por el ejército israelí a “su pequeña parcela, como los animales en sus jaulas de zoológico”. La segunda, “Los justos”, está dedicada a los israelíes que se atreven a cuestionar la política de su país hacia los palestinos, en especial los miembros de Rompiendo el Silencio, una organización de exsoldados que narran los crímenes y abusos que fueron obligados a cometer por sus superiores, y los periodistas del diario *Haaretz*, bastión de la conciencia humanista israelí. Resulta en particular emocionante su encuentro con Ilan Pappé, el historiador israelí que documentó la *operación de limpieza étnica masiva* —que el Estado de Israel llevó a cabo en 1948—, y quien es uno de los mayores defensores de la formación de “un Estado único y binacional, en el que judíos y árabes sean ciudadanos con los mismos derechos y deberes”.

Vargas Llosa visita con Pappé las ruinas de los pueblos árabes que fueron arrasados por el ejército israelí. Resulta significativo que, sobre ese paisaje de destrucción silenciada, a través de la voz del escritor peruano y del historiador israelí se vislumbre una posibilidad de paz como un acto de justicia hacia los desplazados palestinos y las víctimas de ambos bandos, pero también un acto de pragmatismo, pues sólo el reconocimiento pleno de todos los derechos de palestinos e israelíes por igual permitirá la estabilidad de la región. **■**



Irmgard Emmelhainz (1977).

Fuente: @LakeVerea / Artists in Residence, Constance Hockaday, 2021

La monstruosa velocidad y la exigencia productiva que impone la época actual produce estragos en nuestros cuerpos. La poeta bajacaliforniana Yaroslabi Bañuelos palpa la intensidad de esos dolores, las imágenes imposibles de aquello que es ajeno al tiempo del trabajo. En estos versos —donde cabe un humor sutil— los flujos que brotan de las heridas infantiles devienen una materia nueva, luminosa y, a ratos, melancólica. Aunque sea más fácil patologizar una sensibilidad que no cabe en el mundo del capital, sus afectos persisten.

"SEGÚN ALGUNAS ESTADÍSTICAS..."

YAROSLABI BAÑUELOS

Ahora no hay planes para el estío
ni el sueño de una casa levantada
con los retazos luminosos de septiembre.
Una vez más
sólo somos nosotras en esta habitación,
mi sombra descalza y yo,
también mis siete gatos
y las paredes color malaquita
heridas por el viento.

Enciendo palo santo y mirra
para hallar entre las motas de polvo
la paz,
la prosperidad,
la abundancia,
el amor,
pero ninguno de estos pájaros
viene a sonreír
al árbol de mi pecho.
En los portales de empleo
los gerentes de Recursos Humanos no escriben:

*Se busca mujer-niña
autista
deprimida
asustada
que se imagine bruja y poeta,
sacerdotisa y señora sabia
con cierta habilidad
para soñar búfalos de agua
mandrágoras o tigres.*

Mi padre tenía razón;
debí aprender un buen oficio
obligar a mis manos
a ganar un puñado de monedas
cada día
pagar mi propia canasta de pan,
mis propios ladrillos,

la comida de los gatos,
las luces parpadeantes,
dejar de inventar centauros y luciérnagas,
dejar de invocar fantasmas,
pero me dediqué
a leer presagios
en la forma de antiguos huesos
o en las plumas de las palomas.
Las llamas de mi almanaque se extinguen
mientras hilvano sortilegios
para un jardín de otoño.
¿Qué otra cosa puedo hacer?
Si nunca se me dio bien
vestir de oficina,
despertar con los fuegos del alba,
atarme las agujetas,
unir correctamente
los botones de la camisa

o iluminar laberintos
con hogueras artificiales.
Jamás pude
cultivar novias de sol ni alhelios
en la selva primitiva
de estas cicatrices.

Por eso es natural que mi dicha
sea tímida y fugaz
como los efímeros vuelos
de las mariposas nocturnas.
Por eso es normal que hoy no susurre
planes para el estío
ni confeccione casas
con los retazos de septiembre. ■

NOTA
* Título original: "Según algunas estadísticas, entre el 76 y el 90% de las personas adultas en el espectro autista está desempleada y no desarrolla ninguna actividad productiva".

YAROSLABI BAÑUELOS (La Paz, 1991), psicóloga y escritora, ha publicado *Inventario de las cosas perdidas* (UNAM) y *Otro agosto habita el aire* (ISC). En 2023 obtuvo el xx Premio Nacional de Poesía Amado Nervo con la obra *Voraz*.

De la reparación de antigüedades a la vida que nos habita en lo profundo, restaurar también es una forma de ejercer los cuidados. En este ensayo de tono personal, la escritora Ave Barrera nos hace partícipes de sus procesos creativos, de las luchas feministas recientes, así como de la oportunidad de coordinar la Colección Vindictas, de la UNAM —que recupera a mujeres olvidadas por el canon literario masculino. Nos abre así la puerta al concepto que la ha obsesionado por años, el cual dio título a su novela publicada en *Paraíso Perdido*.

LA RESTAURACIÓN, LABOR DE CUIDADOS

AVE BARRERA

@avebarrera

Recuerdo el rostro tranquilo y benévolo con que el Arcángel Miguel blandía sobre su cabeza una espada flamígera, mientras aplastaba a la serpiente para acabar con el mal y restablecer el orden en el universo. Era una escultura novohispana barroca, de madera policromada, quizá del siglo XVII, con amplios drapeados en los vuelos de su vestido estofado con hoja de oro, una coraza azul al torso y mangas bombachas, como de princesa. La pátina de varios siglos se había encargado de añejar los colores y los brillos de la pieza, lo que le daba muy buen carácter, aunque le hicieran falta dedos a la manita izquierda, alzada al costado como para tomar vuelo. Mi padre había llevado la escultura a su taller para restaurar ese pequeño defecto, a solicitud de uno de sus clientes. La puso sobre un banco alto, de asiento giratorio, para trabajar en ella.

Desde que la vi me pareció asombrosa: el brillo, la forma, el movimiento de su impulso

injustamente paralizado. El barroco está hecho para deslumbrar. Yo tenía tres o cuatro años, y sentí que lo único que le faltaba al Arcángel era moverse. Hice girar el asiento del banco, una y otra vez, más rápido, para propiciar el baile y el milagro del movimiento ante mis ojos fascinados primero, aterrados después, cuando vi caer la escultura al suelo. Recuerdo el estruendo de la madera al romperse, la voz espantada de mi padre, su ¡NO!, el rostro apacible del Arcángel rodando por el suelo, un brazo roto, la espada flamígera. La serpiente del mal había sido liberada.

La restauración es una fuerza, un impulso primario, un deseo. Es la necesidad de restituir el orden, reparar el daño o revertir el deterioro natural del tiempo. Es la mezquindad con que guardamos el suéter favorito en el fondo del clóset, no me lo pongo para que no se gaste, y es también la pesadumbre y el remordimiento por no poder evitarlo. Pienso, por ahora, únicamente en los objetos, en el daño sobre la materia: el libro deshojado, las botas caminadas, la carcacha (paso a pasito, no dejes de tambalear). Se nos rompe la copa de cristal en el fregadero y el corazón reclama el instante previo al estallido, pero estamos del otro lado del tiempo. Podemos, si acaso es posible, restaurar. *Re instaurar*, volver a poner en pie algo. Ir a la tienda y comprar un juego de copas nuevo, llevar las botas al zapatero, hacer que el Arcángel Miguel vuelva a imponer su dominio sobre el caos.

CUANDO COMENCÉ A ESCRIBIR la novela que después llevaría por título *Restauración*, no tenía idea de los rumbos por los que me llevaría ese término o, mejor dicho, ese concepto. El detonante de la historia había sido una casa abandonada, con lo que resultó casi natural que la protagonista fuera una restauradora profesional y una entusiasta del tema, capaz de reparar lo mismo una tubería, que un jarrón de porcelana de la dinastía Manchú. Min se dedica a restaurar la casa que acaba de heredar el hombre a quien ama, un tipo evasivo y sinvergüenza, con la esperanza de ganar su favor. El amor romántico es el talón de algunas mujeres aquileas. La restauración comienza a dar vida a los fantasmas que habitan la casa: los que dañan y las que reciben los efectos del daño. El giro metafórico que la novela intenta, a la par de la restauración material y mnemónica de la casa, es una reintegración, si bien *a posteriori*, de la agencia del personaje.

“EL GIRO METAFÓRICO QUE LA NOVELA INTENTA, A LA PAR DE LA RESTAURACIÓN DE LA CASA, ES UNA REINTEGRACIÓN DE LA AGENCIA DEL PERSONAJE”.

Con esta novela pude aprender que tanto la escritura como la restauración son actos colectivos. En agosto de 2019, meses antes de la pandemia por Covid, miles de mujeres nos manifestamos en las calles de la Ciudad de México, por el alza en la tasa de feminicidios, que si en 2015 era de siete mujeres por día, en ese momento había llegado a 10. Nos plantamos frente a la Fiscalía, en la Glorieta de los Insurgentes. Ya antes habíamos salido a marchar con pañoletas verdes y moradas, habíamos aprendido himnos y consignas, pero esta vez era diferente, había una rabia más profunda, una verdadera necesidad interna de quemarlo todo. “Si matan a una, respondemos todas”.

Creo que en ese momento muchas nos volvimos conscientes del acto político de romper, destruir y marcar la materia de una ciudad para crear la herida de un reclamo urgente. Algo semejante al cuerpo que manda señales de enfermedad en forma de llaga, en el intento de poner límite a los excesos que hemos cometido en su contra. Lo roto, visto en la distancia, no tenía importancia si se le ponía al lado del motivo. Eran las vidas de miles de mujeres contra unas cuantas vitrinas de la estación del metrobús, cristales de la Fiscalía, los muebles de una oficina de la policía de camino a Paseo de la Reforma.

Nuestra furia quedó impresa en el monumento a la Independencia. La ficha hubiera tenido que decir “técnica: graffiti, material: esmalte en aerosol sobre mármol blanco y bronce, autora: nosotras”. A la mañana siguiente, la opinión conservadora meneó la cabeza y dijo *no son formas*, pero la colectiva Restauradoras con Glitter supo dar una respuesta que para mí fue una lección. Su manifiesto me permitió reflexionar en un significado distinto del monumento, el valor histórico y presente de los símbolos que se erigen en el espacio público. Es necesario honrar la cicatriz porque es el recordatorio de lo profundo de la herida, pero también de nuestra capacidad de sanar. Hay que restaurar, sí, pero el



Luisa Roldán, escultura del Arcángel Miguel, 1692.

Fuente: historia-arte.com

sistema político y de seguridad que se ha mostrado vergonzosamente incapaz de proteger la vida de sus ciudadanas. El mármol qué.

ESE ESPÍRITU COLECTIVO y sororo dio también un impulso a la Colección Vindictas, el proyecto editorial de la UNAM que Socorro Venegas me invitó a coordinar a inicios de ese mismo año, y que me llevaría a recorrer sin fin de librerías de viejo y bibliotecas, para desempolvar libros de escritoras que habían quedado relegadas y cuyos nombres me resultaban desconocidos. Libros que cayeron en el olvido no por su calidad literaria, sino por haber sido escritos por una mujer, porque su tema o su propuesta estética no eran lo que aprobaba el canon de la época o, peor, porque la figura autoral no había logrado competir con las reglas de un juego cuyas dinámicas ahora cuestionamos.

Si nadie recuerda a Tita Valencia a pesar de que obtuvo el premio Xavier Villaurrutia con su genial *Minotauro-maquia*, si se limita a Luisa Josefina Hernández a su dramaturgia aunque haya publicado más de 20 novelas, si no podemos reconocer en el presente el nombre y la narrativa de riesgo de Asunción Izquierdo Albiñana o la capacidad de Gabriela Rábago Palafox para ahondar en los matices oscuros de la infancia, ¿qué será de nosotras y de nuestra escritura dentro de 20 o 30 años? ¿De qué habrá valido todo nuestro esfuerzo si el canon se hiciera cargo de ignorar la relevancia de lo que estamos escribiendo?

La extensa labor de investigación para dar con los nombres de aquellas autoras supuso la participación de muchas personas que compartieron descubrimientos, tesoros académicos, pdfs y bibliotecas. Ojalá fuera posible reeditarlas a todas, pero todo catálogo es una restricción y nos vimos ante el desafío de disponer un criterio para decidir a cuál de todas esas obras daríamos prioridad. La decisión editorial que apuntala la Colección Vindictas ha sido la calidad como aspecto primordial para respaldar la urgencia de su rescate, lo que hizo que nos preguntáramos: ¿en qué radica la relevancia de una obra literaria? ¿Qué hace vigente y necesaria su lectura? ¿De qué depende su permanencia entre los lectores? A final de cuentas, ¿qué es la buena literatura? ¿A partir de qué parámetros configuramos el sentido estético de lo literario? ¿Con qué aspectos del canon y de la tradición queremos romper y con cuáles nos quedamos? Graffiti sobre mármol blanco.

LA RESTAURACIÓN es una labor de cuidados. Se restaura lo valioso, aunque hay objetos cuyo valor está determinado por lo que nos hacen sentir. Más allá de la materia se encuentra un entramado de emociones que el objeto representa, procesos de duelo que a partir de él podemos comprender mejor.

Yo tenía 22 años y mi madre me acompañó al centro a comprar las botas que llevaría a una residencia de investigación en Oaxaca, el viaje que marcaría mi emancipación. Ésa fue la única vez en que fuimos a



Fuente ▶ teiksomolika / freepik.es

comprar zapatos sin acabar peleadas. Me regaló unas Siete Leguas de color azul petróleo. Pedí llevármelas puestas y salí caminando con ellas dispuesta a devorar el mundo, calzada por ese gesto suyo de aprobación.

Mi madre murió siete años después. En su enfermedad, cuando perdió el lenguaje de forma repentina, no estábamos listas aún para reconciliarnos. La muerte llegó antes de que pudiéramos restaurar el vínculo afectivo que a lo largo de nuestra vida juntas se había deteriorado hasta casi romperse. Tuvieron que pasar 10 años para que llegara el momento de encarar la ausencia de mi madre y elaborar el proceso de duelo, el de la pérdida, el de la vida que no tuvimos. Una tarde lluviosa, en un departamento del piso 10 de la torre Allende, de Tlatelolco, sucedieron dos cosas: decidí comenzar a escribir acerca de su muerte, acerca de ser hija y sentir en un mismo cuerpo el amor más desafortunado a la par de un odio estúpido y pueril; decidí restaurar por medio de la escritura el lazo que me une a mi madre. El resultado fue la novela que se publica en Lumen esta primavera y que llevará por título *Notas desde el interior de la ballena*.

Lo segundo que ocurrió esa tarde es que tomé las botas Siete Leguas, las mismas de hacía 17 años (las había mandado reparar un sinfín de veces), salí descalza y las arrojé al depósito de la basura. Fui a una tienda y me compré unas botas nuevas; de paso también compré un helado caro, sabor caramelo con sal.

RESTAURAR ES UNA BÚSQUEDA y un proceso continuo, porque el tiempo sigue su marcha y volvemos a construir sobre la huella de antiguas historias. Ahora trabajo en una nueva novela, un viaje por el mar de California para entablar comunicación con otras formas de vida, que resulta en el reconocimiento de la animalidad que somos y que nos hace parte del mundo.

Pienso en una nueva forma de restauración y tomo notas para una serie de ensayos sobre esta creciente

urgencia por voltear hacia eso que, a falta de un mejor término, solemos llamar *naturaleza*.

Uno restaura aquello que ama y somos muchos los que amamos este planeta, a sus habitantes humanxs y no humanxs, plantas, animales, hongos. Queremos revertir el daño que el capitalismo ha ocasionado sobre la tierra, los mares, los bosques y el clima, sobre nuestras sociedades. Restaurar supone hacer visible, observar lo dañado y rescatarlo de nuestra torpe omisión. Es famosa la frase que reza que no podemos cuidar lo que no conocemos. Desde que la pandemia nos obligó al encierro, quizá desde antes, muchos sentimos la urgencia de recorrer los caminos de la montaña y cómo la montaña nos transforma, nos descubrimos parte de un todo. Cada vez somos más quienes nos interesamos por leer, investigar, escribir, escuchar y dialogar acerca de esa manera de entendernos, no como una excepción sino como una manifestación más de la vida.

Nos encontramos en el límite de muchos puntos de inflexión del cambio climático y es fácil perder la esperanza, dar todo por perdido, sucumbir a la indiferencia. Otrxs, por el contrario, somos presa de la ansiedad y de la culpa o nos sentimos paralizados ante el horror de la inminente catástrofe. Lo cierto es que entre más pronto actuemos, menos habremos de perder. Urge reaccionar, pero sobre todo señalar a quienes son los verdaderos responsables, pensar en conjunto, dar batalla a las políticas que siguen haciendo posible el daño y exigir la restauración de los ecosistemas afectados. Urge despertar del sueño del crecimiento económico infinito y detener el consumo masivo, la producción descontrolada, la explotación irrespetuosa del planeta y de nuestras vidas.

Ahora, más que nunca, es necesario pensar en términos de restauración, pero no a partir de las alternativas falaces que ofrece el *crecimiento verde*, sino del decrecimiento, la descolonización y la creación de estructuras sociales que hagan posible el respeto hacia Gaia, más como sujeto de derechos que como fuente de recursos.

Es nuestra la espada flamígera, la salvación no vendrá de una deidad ni de las máquinas, ni vendrán a llevarnos los extraterrestres. En conjunto nos corresponde imaginar nuevas formas de habitar el mundo y hollar implacables a la serpiente del mal para reinstaurar el equilibrio en el universo. ■

AVE BARRERA

(Guadalajara, 1980), escritora y editora, ha publicado las novelas *Puertas demasiado pequeñas* (Charco Press), *Una noche en el laberinto* (Edebé), *Restauración* (Paraíso Perdido) y *Notas desde el interior de la ballena* (Lumen).

“MÁS ALLÁ DE LA MATERIA SE
ENCUENTRA UN ENTRAMADO DE
EMOCIONES QUE EL OBJETO REPRESENTA,
**PROCESOS DE DUELO QUE A PARTIR
DE ÉL PODEMOS COMPRENDER MEJOR**”.

La ciencia suele presumirse omnipotente. Para el escritor Benjamín Labatut, quizá lo más auténtico del discurso científico sea el delirio que produce. En esta reseña, BEF explica los prodigios de la novela *MANIAC*, dividida en tres partes: el suicidio del físico Paul Ehrenfest, una biografía coral del matemático John von Neumann y el enfrentamiento entre el jugador profesional de Go, Lee Sedol, con un programa de IA. El autor chileno nacido en Rotterdam presentó éste, su más reciente libro, el jueves pasado, en la Ciudad de México.

MANIAC, de Benjamín Labatut

EL SUEÑO DE LA RAZÓN

PRODUCE MONSTRUOS

BERNARDO FERNÁNDEZ, BEF

@monorama

"Me habría gustado escribirlo", me dijo mi colega Armando Saldaña acerca de *MANIAC*, el más reciente libro del narrador Benjamín Labatut (1980). Siento exactamente lo mismo. Ya desde su volumen anterior, *Un verdor terrible* (ambos publicados por Anagrama), la prosa concisa de este chileno nacido en Rotterdam me atrapó en sus historias de científicos enloquecidos e invenciones desbordadas. En lo que acaso sean dos obras complementarias, que establecen un diálogo alrededor de las obsesiones de su autor, se esboza un gran ensayo sobre la historia de las ciencias exactas y la tecnología del siglo XX, que extienden sus alcances al XXI. Ambos ensayos narrativos giran alrededor de la demencia que merodea las mentes de los genios y la manera en que el sueño de la razón, Goya *dixit*, produce monstruos.

SON TRES MONSTRUOS los que ocupan la atención de Labatut en *MANIAC*. Dividido en tres partes, la primera nos presenta al suicida Paul Ehrenfest, físico austriaco cercano al círculo de los llamados *creadores de la nueva física*, quien se pega un tiro en la cabeza tras asesinar a su hijo adolescente, que padece discapacidad. Deslumbrado por un fuego atómico que aún no arde pero que atisba y ante la inminencia del Holocausto, Ehrenfest, él mismo un científico menor, decide escapar y llevar consigo a Wassik, su hijo, en un acto de extraña piedad.

La segunda parte de la obra, central y sustanciosa, se trata de una biografía coral construida desde la ficción de John von Neumann (nacido Janos, 1903-1957), matemático húngaro nacionalizado estadounidense, señalado por los conocedores como una de las mentes más brillantes del siglo XX. Si lo anterior suena a hipérbole, no lo es.

El nombre de Von Neumann no resulta familiar para el gran público; rara vez el de una persona dedicada a la ciencia lo es. Más allá del mítico Albert Einstein, algunos científicos se han

convertido en celebridades mediáticas, como Carl Sagan, Dian Fossey, Richard Dawkins, Neil deGrasse o Stephen Hawking y en nuestro ámbito, Julieta Fierro, Marcos Moshinsky, Antonio Lazcano o Miguel Alcubierre. Ninguno de ellos es matemático.

NO ES CASUAL, la más abstracta de las ciencias es también la materia más temida del currículum de la educación básica. Tanto, que a quienes tienen una mente numérica se les suele ver como privilegiados intelectuales en todos los niveles educativos. Pero cuando los números les "secan el cerebro" —para usar un término cervantino—, pueden convertirse en auténticos *freaks*.

Así, la historia de las matemáticas está poblada por coloridos personajes, tan brillantes para su área como torpes para relacionarse con el mundo. Por ello no es menor la sorpresa ante el éxito de crítica y ventas de *MANIAC*.

Von Neumann encarna la historia prototípica del niño prodigio que deviene genio. La historia de su vida, contada de manera coral y fragmentaria por sus personas más allegadas, es la historia del ascenso de un monstruito que deslumbra a sus padres y profesores con un descomunal talento numérico, que crece para convertirse en un demiurgo prometeico que entrega a la humanidad no sólo el fuego atómico, como parte del equipo del Proyecto Manhattan, sino que abre una caja de Pandora llena de prodigios tan deslumbrantes como letales: incluyen la teoría de juegos, las máquinas autorreplicantes y la inteligencia artificial.

Con minuciosidad entomológica, Labatut coloca a Von Neumann al frente, donde las palabras con las que dota a los personajes que lo rodearon, todos ellos reales, desnudan al protagonista en una vivisección despiadada sin derecho de réplica: el propio matemático no tiene voz en el texto.

El resultado es un gran retrato de cuerpo completo, en el cual descubrimos que quien nos observa desde el fondo del microscopio es el propio


"DESLUMBRADO POR UN FUEGO ATÓMICO QUE AÚN NO ARDE PERO QUE ATISBA Y ANTE LA INMINENCIA DEL HOLOCAUSTO, EHRENFEST, ÉL MISMO UN CIENTÍFICO MENOR, DECIDE ESCAPAR".

Von Neumann, para quien todos somos apenas insectos, tan fascinantes como prescindibles.

COMPLETA EL TRÍPTICO la crónica del encuentro entre Lee Sedol, *grand master* y campeón mundial del juego de Go, con el programa AlphaGo. Sedol no es científico, como los otros dos personajes, pero su mente abstracta, privilegiada, no es lejana a la de aquellos, tanto en la brillantez como en sus extravagantes neurosis.

Sorprende la manera en que el autor construye lo que finalmente es, de una manera muy extraña, una crónica deportiva. Con elegante economía, quizá inspirada en la demostración de algún teorema, casi lacónico, Labatut logra conmovernos con la historia de Sedol. Aparece su formación monacal desde niño y el ascenso que lo lleva al primer lugar del Go mundial, sólo para ser derrotado en un *match* humillante por el software programado por Demis Hassabis, otro extravagante personaje que no desmerece en el reparto de esta corte matemática de los milagros.

Acudimos en *MANIAC* —libro brillante donde los haya, titulado así por la computadora diseñada por John / Janos, quien la bautiza con refinada malicia—, a la historia del cataclismo que vislumbra Ehrenfest, que cimienta Von Neumann y ante el que sucumbe Sedol: la creación en un laboratorio de nuestro sucesor evolutivo.

Es un espectáculo tan atroz como fascinante, similar a un documental sobre insectos que, del mismo modo, ejerce un efecto hipnótico: quien se asome a estas páginas no podrá dejar de leer hasta devorar este tríptico. 



José Agustín dejó este mundo hace unas semanas, pero nos quedan sus libros y las películas que hizo. Sin duda, esa faceta como cineasta no ha sido tan analizada, pero sus transgresiones no sólo alcanzaron la palabra escrita: filmó desde Súper 8, hasta cintas que resonaban con la estética Beatle del momento. El guionista y director incluso accionó mecanismos inéditos en la industria nacional, como apunta Praxedis Razo en este acercamiento a su obra fílmica: un cine de autor aligeradísimo que se compromete, pero a carcajadas.

El cine del narrador DIRIGIDO POR

JOSÉ AGUSTÍN

PRAXEDIS RAZO

"Las filmaciones son un gorro. Horas enteras para hacer una tarugada. [...] Son padrísimas las filmaciones. Un ambientazo y gente suave. Y la bola de mirones cuando están filmando en la calle, ¡uh!".

BERNARDO, EN YA SÉ QUIÉN ERES...
TE HE ESTADO OBSERVANDO

Cuando pusieron a los Beatles a interpretar versiones de ellos mismos en *A Hard Day's Night* (1964) y *Help!* (1965), renovando para siempre a su ritmo las corretizas de los policías de Mack Sennett —hechas hacia 1912-1919—, quizá se llegaron a imaginar que el modelito sería repetido. Lo que nunca hubieran soñado es que en México dos películas fueran concebidas, simultáneamente, a partir de sus premisas —la persecución de jóvenes desatados al compás de la música— ambas, con el ingrediente extra de cierto aire evidente de disidencia social: *Los caifanes* (Juan Ibáñez, 1967) y *Cinco de chocolate y uno de fresa* (Carlos Velo, 1968).

IT'S BEEN A...

No es casual que el guion de la primera haya sido trabajado por Carlos Fuentes y el de la segunda, por José Agustín, almas literarias inyectadas del veneno de la eterna juventud. No es casual que juntas sean un jardín de las delicias del pop en el cine mexicano. Una, por su noche idealizada de la parranda nueva ciudadina; la otra, por rizar el rizo de una musa ambivalente, también urbana. De muchas formas, hermanas; a ratos, gemelas.

Lo que las separa, hay que subrayarlo, son las carreras de sus guionistas. A Fuentes lo precedía una trayectoria visible, de más de 10 años; las películas eran una oportunidad más para leerse. José Agustín buscaba en el cine otra suerte que la que tenía echada con la literatura; para fines de la década sesentera, con tres obras iniciales, ya había marcado una pauta generacional. El cine sí era un soñado destino.

Apostándole al éxito comercial de la música de Angélica María y con Carlos Velo, que sería su director, apantallado



Fuente > discogs.com

como tantos por haber leído *De perfil* (1966) —y contratados los derechos para filmarla—, la productora Libra construiría una triada de películas en la moda que había impuesto la banda de Liverpool. Velo realizó, a media estocada, dos: *Cinco de chocolate...* y *Alguien nos quiere matar* (1969), que coescribió con un desparpajado Agustín, quien luego escribió y dirigió, ya desacompañado del realizador gallego y godardeando estupendamente, el tercer proyecto: *Ya sé quién eres... te he estado observando* (1972).

BROMA DE BROMAS y producto de productos, José Agustín aprovecha al máximo su labor y se deleita citándose a sí mismo, tanto en los diálogos, como en las paredes —inserta todos sus libros en calidad de *props*. Se regodea en su quehacer como realizador cinematográfico, se engolosina de ser todo un José Agustín en un leve acercamiento frescosón al 8½ de Fellini. Sin incumplir su contrato acciona mecanismos inéditos en la industria nacional. Representar el quehacer fílmico como recurso dramático quizá sea el principal. Se burla, sí, pero homenajea una nueva forma de sentir el mundo del cine: un orgullo de clase, un estilo de vida... Sí, también usa el autorretrato fractal como clave expresiva de un cine de autor aligeradísimo; se compromete, aunque a carcajadas.

Sin embargo, también evidencia la loquera de andar desmadroseando *en torno a y dentro de* una cultura que es

conservadora, adelantándose a experiencias trascendentales como *Y tu mamá también* (Alfonso Cuarón, 2001). Pone siempre el dispositivo a favor de un ri-gu-ro-so orden: la heterosexualidad y el amor romántico por encima del descubrimiento sexual o el aborto.

Con Angélica María en éxtasis pero calmantesmontes, José Agustín clavado pero no claveles, *Ya sé quién eres...* fue, en términos tragicómicos mexicanos que le hubieran gustado al maese, la cruz echeverrista que le tocó cargar a Agustín saliendo de prisión, en plan de vamos a ser jóvenes, psicodélicos, irresponsables y artistas, pero bajo toda ley.

Ese mensaje, cooptado como ídolo juvenil de la siguiente camada de artistas, lo enfrentaría casi al mismo tiempo en todas las periferias posibles: la fílmica del Súper 8, la del tratamiento documentalista de la ficción, la del narcotráfico recreativo como eje, la de la obra inconclusa como tabla de salvación¹ y la de la estética videoclipera, que apenas se intuía. En *Lux Externa* (1974-2008), también en deuda Beatle, dirigió a un Gabriel Retes, debutante en cine, en una encrucijada amorosa que, como viaje astral caudaloso, acaba por ser un descarado pisotón machirín. Mientras en *Ya sé quién eres...* cumplía un *contrato*, incluso social si se quiere, con la yonqui *Lux*, la contestataria contestona, también trazaba otra línea en el agua muy de la mano de su fotógrafo-autor-montador-revelador, Sergio García, una, pues sí, *luz externa*. Con ella buscó complementar su corta y anfibiótica vida cinematográfica como director-autor.

Moraleja masificada en 35 milímetros con canciones limpias, inmoralidades en Súper 8 colectivo para el cineclubismo pependenciero, la obra de José Agustín también tocó ciertas profundidades del cine mexicano. ■

NOTA

¹La concluyeron en años siguientes Sergio García, Edda Rayet, Jesse Lerner y el mismo Gabriel Retes. Ver Álvaro Vázquez Mantecón, *El cine Súper 8 en México*, México, UNAM, 2012.

AL MARGEN

Por
**VEKA
DUNCAN**

@VekaDuncan

TAYLOR SWIFT Y LA NFL

Este fin de semana se celebra uno de los espectáculos deportivos más esperados de cada año: el *Superbowl*. En esta edición, uno de los equipos que se disputarán el trofeo ha estado en la mira pública por cuestiones que nada tienen que ver con deporte. Se trata de la relación de Taylor Swift y el ala cerrada de los Jefes de Kansas City, Travis Kelce. En los partidos de la temporada, las televisoras no se han resistido a voltear las cámaras hacia la estrella del pop, quien asiste a los eventos para apoyar a su pareja. De esos escasos segundos al aire han surgido dos fenómenos igual de potentes, pero completamente contrarios.

Por un lado, la presencia de Taylor ha generado un renovado interés por el fútbol americano, incluso, acercándolo a nuevos públicos. La prueba más contundente está en las cifras, que calculan que la presencia de la cantante le ha generado a la NFL ganancias de 330 millones de dólares. En el otro extremo, encontramos un acalorado debate que ha dividido a los fans sobre la pertinencia de otorgar tal protagonismo a una figura del pop. O, dicho de otra forma, hay un importante sector, mayoritariamente masculino, que no tolera la aparición de una mujer en pantalla durante el juego.

LA REALIDAD ES QUE el tamaño de la polémica no es proporcional al tiempo que la cantante ha estado al aire. De acuerdo con el *New York Times*, el tiempo dedicado a Taylor en las transmisiones de la NFL ha sido, en promedio, de 25 segundos. Si consideramos que un partido puede durar hasta dos horas y media, esto es realmente un porcentaje insignificante. En TikTok ha circulado un video de un analista deportivo que la compara con Jack Nicholson o Spike Lee, aficionados al básquetbol que continuamente son presentados al aire cuando asisten a las canchas para apoyar a sus equipos, sin que haya objeción por parte del público, como sí las hay ahora. Miles han desatado su furia contra Swift en redes sociales.

La violencia ejercida en contra de Taylor en estos días recuerda a aquella que surgió en las postrimerías del siglo XIX y las primeras décadas del XX, la cual también permeó todos los espacios, desde páginas de diarios o lienzos de pintores, hasta las conversaciones en las calles. Entonces, como ahora, el debate se centraba en el lugar que debían —o no— ocupar las mujeres. Las similitudes entre aquella época y la nuestra no son fortuitas. La violencia de género suele brotar con mayor fuerza cuando las mujeres se rebelan contra el *statu quo*, por ello, en más de una ocasión, hemos visto que es un fenómeno que coincide con las olas feministas.

El siglo XIX marcó el inicio del feminismo, pues si bien hubo algunos importantes antecedentes de mujeres que comenzaron a poner el tema de la igualdad de género sobre la mesa, fue hasta entonces que inició la primera ola, propiamente dicha. Enfocadas en la equidad legal, sobre todo política y, por tanto, en el derecho a votar y ser votadas, aquellas primeras feministas tambalearon al sistema patriarcal exigiendo ocupar espacios tradicionalmente reservados a los hombres. Este fenómeno global tuvo ecos en México, específicamente en Yucatán, donde un grupo de mujeres —encabezado por la escritora y pedagoga Rita Cetina Gutiérrez— inauguró en la década de 1870 la primera publicación editada y redactada exclusivamente por mujeres: *La Siempreviva*. Bajo ese mismo nombre abrieron también una escuela para señoritas y un club literario. Además, otras experiencias similares se extendían a lo largo del país.

Conforme las mujeres empezaron a transgredir el ámbito de lo doméstico, la respuesta de la opinión pública fue escalando en su indignación. Plumas masculinas se burlaban de estos primeros esfuerzos de liberación en editoriales y caricaturas. Los artistas,

por su parte, repetían obsesivamente motivos de mujeres *comehombres*, las famosas *femmes fatales*, que traían consigo la muerte, a través de su sensualidad desenfundada. A primera vista parecería una apología de la mujer liberada, pero si la miramos a detalle encontramos que representa una condena y, peor aún, pone el énfasis en la inferioridad de la mujer, dada su hipotética predisposición a rendirse ante sus más salvajes instintos.

A la par, el llamado *ángel del hogar* también comenzó a poblar cuadros y páginas de revistas. En pocas palabras, si no eras un ama de casa ejemplar, estabas condenada a ser una puta. Esta dicotomía se reproducía agresivamente tanto en imágenes como en discursos y tuvo un síntoma muy real, representado en los famosos



Fuente > unsplash.com

Dave Adamson, *Sin título*, 2019.

crímenes que azotaron las calles de Londres bajo la mano de personajes como *Jack el Destripador*.

EL COMPARATIVO PODRÍA PARECER desmedido, pero hay una correlación bastante directa entre la violencia contra las mujeres sublimada en el arte y la ejercida en la realidad, como ya lo ha demostrado Fausto Ramírez, quien propone un vínculo entre las ilustraciones de Julio Ruelas en la *Revista Moderna* y las actitudes sociomoraes frente al sexo imperantes en el porfiriato, así como la visión en torno a la criminalidad. No olvidemos que en México tuvimos a nuestro propio Jack, Francisco Guerrero Pérez, *el Chalequero*, cuyos asesinatos de trabajadoras sexuales aterrorizaron a la capital.

No hay, pues, una gran diferencia entre las representaciones de mujeres hipersexualizadas de los artistas decadentistas del *fin de siècle* y los ataques a Taylor Swift a través de imágenes generadas por IA, en las que aparece supuestamente desnuda. Es decir, en el fondo, opera la misma lógica: castigar públicamente a una mujer que se atreve a ocupar un lugar donde predominan los hombres, pues eso hace de su imagen, la de una mujer obscena. Y no hay mayor territorio patriarcal que el de un deporte como el fútbol americano, que se ha convertido en un motivo patrioterico, símbolo del Estado. Si a esta ecuación sumamos que se trata de una mujer que por sí misma vale millones, cuya fama supera con creces la de su contraparte masculina, y que ha librado sus propias batallas contra el *establishment* —disqueras y presidentes por igual—, encontramos la fórmula perfecta para la violencia machista.

Así fue antes y así es hoy. La historia a veces tiene ese efecto: al voltearla a ver nos convierte, al menos por un momento, en la profeta Cassandra. ■

“CONFORME ELLAS
EMPEZARON A
TRANSGREDIR EL
ÁMBITO DE LO
DOMÉSTICO,
LA RESPUESTA DE
LA OPINIÓN PÚBLICA
FUE ESCALANDO EN
SU INDIGNACIÓN”.

ME ENCANTAN ESAS viejas fotografías en blanco y negro, de fiestas con gente congregada alrededor de una mesa. En particular, las que lucen con las mesas atiborradas de platos, botellas vacías y ceniceros retacados de colillas. Me transmiten la sensación de que ahí palpita la vida. De que la gente se la ha pasado bien y la prueba irrefutable es la decoración de la mesa. Donde no existe la preocupación por mantener limpios los codos. Donde se puede derramar un trago y nadie se altera porque lo más importante es pasarla bien. Ya llegará el momento de levantar los cadáveres.

DESDE HACE UNOS AÑOS, comer en ciertos restaurantes se ha convertido en un suplicio para mí. Existe una epidemia por parte de los establecimientos por mantener la mesa limpia todo el tiempo. Eso se ha tornado en sinónimo de buen servicio. Sin embargo, ese comportamiento en ocasiones raya en el acoso. A veces es complicado disfrutar de los alimentos o de la charla misma con manos ajenas planeando por encima de tus hombros. Es como si acabaras de tener sexo y en lugar de reposar el orgasmo te estuvieran mandando a bañar de inmediato.

A ver, que quede claro que no es que quiera que mi mesa sea un chiquero. Pero el buen servicio no debe ser intrusivo. Ni atentar contra tu intimidad. A veces uno está platicando cosas personales y tiene que callarse porque el mesero ha irrumpido de nuevo. Sospecho que este comportamiento histérico se debe a órdenes de la gerencia. Que manda al personal estar encima de los comensales. Quizá sea la urgencia del mesero por ganarse la propina. O una mezcla de ambas. Lo que sí es que cuando se pasan de solícitos resulta molesto.

Existen personas que pierden la cordura con los choferes. Un amigo siempre que se sube a un Uber o a un taxi termina en bronca, incluso se ha agarrado a madrazos con varios. Otros pierden los estribos con los meseros. No soy de esos. El dicho dice que no debes pelear con la cocinera. Yo agregaría que tampoco con los meseros. O te arriesgas a que te escupan la comida. Lo sé por experiencia propia. Cuando trabajé como despachador de pollo frito, si alguien se pasaba de grosero a la hora de hacer su pedido no me temblaba la mano para pasarme sus piezas de pollo por las axilas y la cola antes de servirle.

Pero hace unos días me exasperó una mesera. Era muy amable. Sólo que no me dejó en paz ni un segundo. Quería que ordenáramos de inmediato. Primero las bebidas, le



“MESEROS DEL MUNDO,
AGARREN LA ONDA.
NO PASA NADA SI EN MI MESA
HAY UNA SERVILLETA SUCIA”.

dije. Y mientras las preparaban vino a bombardearnos con las recomendaciones del día. Que, lo sabemos bien, las ofrecen antes que nada porque es la comida que está próxima a caducarse. Quiso levantarme mi michelada cuando el vaso estaba a la mitad. Me estaba presionando para pedir lo siguiente mientras le mordía a mi tostada de atún. Ni siquiera le pude contestar porque tenía la boca llena. Estaba a dos metros de la mesa vigilando cada uno de nuestros movimientos. No es que me sintiera observado, me estaban observando. Y no es que sea como esa gente a la que le molesta que la vean comer, pero necesitaba respirar.

ERA TAN BUENO EL SERVICIO que era un mal servicio. No se me malentienda, agradezco infinitamente que un mesero sea atento. Porque nada cae peor que el pinche tipo que no te pela, al que le pides las cosas y se tarda siglos. Pero meseros del mundo, agarren la onda. No pasa nada si en mi mesa hay una servilleta sucia, que yo mismo he usado. No voy a juzgar ni el servicio ni el lugar por algo así. No es ningún pecado que un par de botellas de cerveza se amontonen. No es ninguna traición que un plato yazca inerte con restos de ceviche. No tengo urgencia porque lo retiren. Lo que me parece grave es que me estén pasando el trapo cada dos minutos y que me dejen la mesa apestando a fabuloso.

Siempre que voy a restaurantes y volteo a las mesas a mi alrededor, si veo que están impecables experimento un vacío en el pecho. Por qué la fobia a que haya restos de la batalla que se acaba de librar. Siento que es una negación del placer. Que la gente se siente culpable de lo que se acaba de banquetear. Como si viviéramos dentro de una película, en la que la comida es de utilería.

En fin, siempre que entro a comer a un restaurante pienso en cuánto me gustaría vivir en una de esas viejas fotografías en blanco y negro, con la mesa anegada de platos con las sobras.

LA INDUSTRIA Y EL MERCADO MUSICAL se transforman en un clic y las últimas entidades independientes desaparecen por el *streaming* y la IA. Fue significativo el caso de Bandcamp, que inició en 2007 como una comunidad / tienda musical en línea y se convirtió en la plataforma más accesible, donde los músicos independientes obtenían mejores ingresos. En 2022 fue comprada por Epic Games que, a su vez, la vendió el año pasado a Songtradr. La novatada fue una liquidación de 830 empleados que habían creado un sindicato. Despidos masivos los hubo en Spotify, SoundCloud, YouTube, Tidal y Universal Music, que acaba de romper su relación con TikTok por un ambicioso proyecto propio.

EL 2024 EMPEZÓ CON LA DESAPARICIÓN del medio musical *Pitchfork*, la voz más confiable en música, que fue abducido por la revista masculina de moda y estilo *GQ*. Su fin como medio representa el cierre de una era y un golpe de muerte para el periodismo musical. *Pitchfork* fue creada en 1996 por Ryan Schreiber, una revista musical en línea dedicada a la escena indie / alternativa, que sobresalió por sus reseñas, listas y recuentos de la música independiente. Siempre a la delantera digital de *Rolling Stone* y *Spin*, en los años 2000 ya era la biblia musical del rock, pop y hip hop.

El género de la reseña era su piedra de toque con un estilo inclemente, mala leche y cruel. Eso era lo que enganchara al respetable, tenía credibilidad. En 2006,



“ES LA ERA DE LOS
CONTENIDOS EN
SERIE, OPTIMIZADOS
PARA BUSCADORES”.

año en el que empezó a pagar colaboraciones, publicaba cinco reseñas diarias y mantenía un promedio de 170 mil lectores al día. Esas cifras, hoy dan risa.

La entidad se expandió con el Pitchfork Music Festival, un canal de videos y lanzamientos, Pitchfork TV y una revista impresa de largo aliento, *PF Review*. En 2015, el grupo mediático Condé Nast adquirió *Pitchfork* con la promesa de respetar la creatividad y libertad crítica que la caracterizaban. No fue así, hubo despidos hasta acabar con el equipo editorial y perdió todos sus atributos, de ser el medio musical más influyente y filoso que jalaba con un escuadrón de periodistas kamikazes, se volvió predecible, aburrido, frívolo y moralino. Al final se anunció la abducción de *GQ*. Ya no se hace periodismo, es la era de los contenidos en serie, optimizados para buscadores, regidos por el algoritmo y las métricas. Al menos el Pitchfork Festival se salvó, se presentará en marzo de 2024 en la Ciudad de México y será cubierto por *influencers* y *contents*, si no es que por la mismísima IA.

EL CORRIDO DEL ETERNO RETORNO

Por
CARLOS VELÁZQUEZ

@Charlyfornicio

BUENSERVICIO /
MALSERVICIO

LA CANCIÓN #6

Por
ROGELIO GARZA

@rogeliogarzap

PITCHFORK

FILO LUMINOSO

Por
NAIEF YEHYA
@nyehya

ANATOMÍA DE UNA CAÍDA, DE JUSTINE TRIET

La fatal caída de un hombre da lugar a un *thriller* judicial en el que no hay certeza posible, a un drama matrimonial que va revelando diferencias insalvables en la pareja: el fin del amor (sustituido por “el estímulo intelectual mutuo”), resentimiento, infidelidades, celos, provocaciones y envidia profesional. Buena parte de la cinta *Anatomía de una caída*, cuarto largometraje de Justine Triet, es precisamente lo que el título anuncia: el análisis y estudio forense de la causa de la caída de un cuerpo y su impacto. Si bien la investigación, los testimonios de los expertos, el patrón de salpicadura de la sangre y los experimentos con maniquí se muestran como procedimientos científicos con gran peso legal, vemos que se trata casi de rituales místicos, como la lectura del tarot o de la borra del café. Son actos de fe con amplio margen de interpretación, sustentados en elementos científicos a veces vagos, que intentan explicar tanto la física como las motivaciones humanas. La verdadera anatomía en la que se enfoca Triet es la de la debacle de un matrimonio y la forma en que pone en evidencia los marcos de referencia que dan sentido a cómo entendemos las acciones y el curso del destino.

SANDRA VOYTER (SANDRA HÜLLER) es una escritora alemana exitosa y reconocida, que vive en un chalet de montaña en Grenoble con su marido —también escritor, pero quien se ha dedicado a enseñar, ya que no ha encontrado el éxito—, y su hijo Daniel (Milo Machado Graner), de 11 años. El chico perdió la vista en un accidente, por lo que depende de su perro Snoop (un fabuloso border collie llamado Messi). Encontramos a Sandra cuando una estudiante (Camille Rutherford) la visita para entrevistarla. Hablan, beben vino y la escritora coquetea no muy sutilmente, mientras estalla a todo volumen una pieza en percusiones, la versión calipso de la banda alemana Bacao Rhythm & Steel Band, de la canción “P.I.M.P.”, de 50 Cents, que estremece la casa y se repite una y otra vez, lo que hace imposible comunicarse. Sandra reacciona con una sonrisa inquietante, que tal vez refleja resignación o tolerancia y no exhibe frustración ni coraje. “Es mi esposo. Le gusta escuchar música mientras trabaja”, comenta. Ese momento de confusión pinta un cuadro inquietante de la vida de la pareja. O bien el marido, Samuel (Samuel Theis), a quien no veremos vivo, es inconsciente de sus actos y ésta es una imposición caprichosa, o bien es una venganza o una provocación, un acto de celos o un rechazo al éxito de la autora.

¿Es el aparente sometimiento de Sandra parte de un plan, el reflejo de una culpa convenientemente soterrada, un intento de mantener la ilusión de armonía familiar? En medio del escándalo, Daniel sale a pasear con Snoop y a su regreso encuentra el cadáver de su padre frente a la casa, con la cabeza en un charco de sangre. Samuel ha caído desde el ático, pudo haber perdido el equilibrio, quizá se tiró, tal vez fue empujado, cayó mientras peleaba con Sandra o alguien provocó su caída.

La reacción de Sandra es sospechosa para la policía, el fiscal y el público. Miente sobre un moretón en el brazo, llora demasiado poco (y dice estar cansada de llorar), ¿cómo pudo oír los gritos de Daniel entre el escándalo, mientras tomaba una siesta? Además ha tenido *affaires* con hombres y mujeres. Se intuye que está en una especie de *shock* o siente un alivio extraño —mezclado con la tristeza—, mismo que es incapaz de ocultar, ya que en cierta forma esta resolución la libera de un matrimonio que parecía irredimible. Sandra es acusada de asesinato. Su abogado, Vincent Renzi (Swann Arlaud), decide defenderla bajo la hipótesis de que él se suicidó. Dependiendo de cómo se vean las evidencias, éstas pueden ser circunstanciales o contundentes. Se trata de un caso que requiere de convicción para inclinarse de un lado o el otro, al punto en que el fiscal (Antoine Reinartz) decide buscar sus pruebas en las páginas de las novelas de



Fuente: Neon

Sandra. Esto lleva el drama a un territorio de ambigüedad donde la imaginación y la realidad se confunden, las fronteras entre literatura y datos se diluyen. La ceguera de Daniel es una perfecta metáfora para el *impasse* en el que se encuentran la ley y la sociedad ante el crimen.

Anatomía de una caída ganó la Palma de Oro en el Festival de Cannes 2023; fue coescrita por Triet y por su marido y colaborador, Arthur Harari. Emplea el género del misterio de tribunal para construir un elegante vehículo en el que cuenta una historia de desamor, rencores y compromisos asfixiantes. No intenta manipularnos ni engañarnos con pistas falsas y, aunque ofrece un giro que parece definitivo en la grabación de la última pelea entre Sandra y Samuel, el crimen seguirá siendo una interrogante, un misterio sin resolver.

LA VERDADERA VÍCTIMA ES DANIEL, quien poco a poco entiende que cuando es imposible conocer *la verdad* lo único que resta es convencerse de creer en *una verdad*. El niño se convierte en el eje moral de la historia y la única fuerza capaz de reconciliar las visiones, sin por eso dar prueba alguna. Hüller es absolutamente fascinante en su manera de ocultar y revelar, en su tersa duplicidad fría y angustia dolorosa, siempre navegando de forma inquietante entre el ego y la humildad. Este papel, sumado a su también deslumbrante actuación en *Zona de interés*, de Jonathan Glazer, ponen en evidencia que es una de las actrices más brillantes del momento.

Las semejanzas de esta cinta con *Anatomía de un asesinato* (Otto Preminger, 1959), van más allá del título y de la batalla legal en el tribunal; en ambas hay legalismos oscuros, giros inesperados, así como una misteriosa y gélida esposa alemana —en aquella se trata de Marlene Dietrich. Triet obviamente tiene influencias de otros filmes clásicos, como *Testigo de cargo* (Billy Wilder, 1957) y *El veredicto* (Sidney Lumet, 1982), entre otros; sin embargo, aquí la verdadera escena del crimen es el matrimonio y no el ático en cuestión. El juicio se desarrolla de manera inusitada, con las partes interrumpiéndose constante y mutuamente, con cambios de idioma, lecturas de libros y proclamaciones beligerantes, que parecerían no tener lugar en un proceso legal. Si bien los testimonios y las pruebas son cuestionados por la subjetividad que implican, algunas afirmaciones de la fiscalía están impregnadas de prejuicios y pronto se pierde de vista si Sandra está siendo juzgada por haber tirado a su marido por la ventana o por ser mala esposa, madre indiferente, autora plagiaria o mejor escritora que él. El juicio llega a la extraña paradoja de tener a la vez a una mujer y a un personaje literario en el banquillo de los acusados. De esa forma, Triet lleva la reflexión más allá de la ley, para considerar cómo las narraciones y los narradores poco fiables construyen la noción de realidad. ■

“SE PIERDE DE VISTA SI SANDRA ESTÁ SIENDO JUZGADA POR HABER TIRADO A SU MARIDO POR LA VENTANA O POR SER MALA ESPOSA”.